INTRODUCCIÓN

Palabras de sabios

Edición de Avinash Chandra

José J. de Olañeta, Palma, 2018

¿Qué es un sabio? La palabra ha perdido sentido en la cultura moderna de masas, pues no encaja con ninguna de las figuras habituales. Para poder comprender lo que es un sabio, a menudo debemos remontarnos en el tiempo, a épocas en la que esta figura era un referente casi universal. Según el filósofo francés Roger Pol-Droit:

> Los sabios son grandes figuras antiguas que han marcado la evolución de la humanidad: seres excepcionales, modelos de perfección, ejemplos de realización, iniciadores de caminos que los demás podrán seguir. El Buddha, Sócrates, Confucio, Lao-zi, Salomón y muchos otros alcanzaron la sabiduría. La encarnaron y la vivieron. No obstante, para llegar a ella tuvieron que atravesar una serie de pruebas y combates cuyo principal adversario no era, en última instancia, sino su propia existencia. Estos héroes se vencieron a sí mismos. Atravesaron y superaron las dudas, angustias, errores y trampas del cuerpo y el alma. En todas las culturas, de formas muy diversas, se han celebrado sus hazañas, cantado su gloria, imitado sus gestos, repetido sus palabras.[1]

Sabio es el que sabe. El que sabe ¿qué? En las tradiciones sapienciales de la humanidad, se considera que el sabio es aquel que conoce por propia experiencia la realidad última del universo y la vida, el «corazón» del mundo. Hoy en día, por influencia de la visión científica, se piensa que el universo está formado por partículas independientes, más o menos relacionadas, que actúan entre sí. Si hay una unidad, una totalidad, esta es una construcción a posteriori, formada por la síntesis de sus «partículas elementales». El conocimiento, considerado «objetivo» y separado del observador, es acumulable, transmisible mediante palabras e indiferente a toda consideración moral que busque o pretenda el mejoramiento humano.

---

[1] Roger-Pol Droit: *El ideal de la sabiduría. De Lao-zi y el Buddha a Montaigne y Nietzsche***.** Kairós, Barcelona, 2011, pp. 11-12. Ed. original: *Les Héros de la sagesse*. Éditions Plon, 2009.

Sin embargo, en la concepción tradicional, holística, el universo posee una unidad previa que coincide con su realidad última. Al igual que el hombre (microcosmos) está formado por un cuerpo (compuesto por muchos órganos y partes distintas), una mente y una consciencia (no quiero mencionar la ambigua y polémica palabra «alma»), que juntos componen su unidad, el universo (macrocosmos) tiene, analógicamente, estos componentes que conforman una unidad que los trasciende. Sabio es aquella persona que, transcendiendo su pequeño ego, ha logrado tomar consciencia de esa unidad, del Absoluto que es su fuente y su base, haciéndose uno con ella. Un conocimiento intuitivo producido por la contemplación (otra palabra cuyo significado se desconoce cada vez más). «En Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser»,[2] esta es la esencia de la sabiduría. Una sabiduría que, con expresiones distintas pero convergentes, se encuentra en todos los pueblos de la tierra, en toda época y en todo lugar. Una sabiduría más o menos explícita, más o menos oculta, pero siempre accesible para aquel que se haga digno de ella.

Estas disquisiciones suelen recibirse hoy en día con incredulidad o escepticismo. «Desde fuera», desde una perspectiva «científica», de «tercera persona», la experiencia del sabio nos resulta incomprensible e improbable; sin embargo, «desde dentro», para quien la vive, la experiencia otorga una seguridad absoluta en su propia certeza. El sabio ve —se identifica con— la luz que ilumina todas las cosas, incluido a él mismo.

A lo largo de todas las épocas y en todas las latitudes, innumerables santos y sabios han dicho cosas muy similares. ¿Sería acaso concebible que todos estuvieran unánimemente alucinados? Hay miles de testimonios sobre ellos. ¿Los ignoraremos? Si lo hacemos, será a nuestro propio riesgo. ¿Cómo saber que sus palabras son ciertas? Muy sencillo: hagamos lo mismo que ellos, sigamos el camino que nos indican.

¿Por qué en otras épocas y lugares sus palabras eran aceptadas? En la Edad Media europea, el santo era una figura relativamente común, y los santos, de grados y tipos diversos, abundaban lo suficiente como para que mucha gente hubiera podido conocer a alguno. Pobres y ricos, cultos y analfabetos, todos se agrupaban en torno a las personas que tenían fama de santidad, y

---

[2] *Hechos de los apóstoles*, 17.28.

consideraban su cercanía como una gran bendición. En muchos países de Asia, a pesar de la decadencia de sus tradiciones, la situación no es tan diferente incluso hoy en día.

El santo, el sabio, no es, aparentemente, una persona distinta al resto de los mortales. De hecho, muchos de ellos pasan desapercibidos (y otros incluso se esconden). Pero una observación más atenta podrá descubrir que de ellos emana una gran paz. Especialmente para aquellos que son más receptivos, sentarse cerca de un santo calma profundamente la mente, algo que innumerables personas han testificado. Por otro lado, aunque su conducta no llame la atención, no se comportan como el resto de nosotros: carecen de todo egoísmo, apego u orgullo. El santo es una persona sencilla y está en paz: pacificado. Ha alcanzado, de una vez y para siempre, «la paz que supera todo entendimiento».[3]

Los muchos falsos maestros y turbios personajes religiosos que ha producido el mundo nos han hecho olvidar la existencia, en todas las latitudes y a lo largo de toda la historia (sí, e incluso en nuestra época), de sabios verdaderos. Es a estos sabios a quienes intentan imitar los falsos. Los falsos son mucho más visibles que los verdaderos; al contrario que los primeros, los auténticos sabios no se promocionan ni buscan seguidores (incluso a menudo son prácticamente desconocidos salvo para unos pocos discípulos).

Si yo creo en algo, es en los sabios. He conocido a unos pocos y he leído sobre muchos otros (especialmente sobre los de la India). Siempre me han fascinado los santos y sabios, las personas que han logrado ver, en mayor o menor medida, la Realidad (llámese con el nombre que sea) que subyace el mundo visible y que constituye su soporte y su fuente, y de ellos he obtenido inspiración y guía. La forma más clara que tenemos de acceder a esa Última Realidad, de empezar a atisbar sus secretos, es a través de los santos y de sus palabras.

Utilizo las palabras «santo» y «sabio» de manera casi intercambiable. Podríamos decir que «santo» y «sabio» forman los dos polos de un continuo. Los santos son personas que han avanzado considerablemente en el camino espiritual, pero aún siguen inmersos en su universo religioso. El sabio, dando un paso más adelante, ha transcendido su religión (así como su condición), pues ha llegado a la Fuente de la que surgen todas las religiones y todas las

---

[3] *Filipenses*, 4.7.

condiciones. Pero, como la gran mayoría de nosotros nos encontramos a enorme distancia de cualquiera de ellos, los englobo a todos en el ideal hacia el que debemos tender.

Las escrituras de todas las religiones tienen poco crédito hoy en día. Muchos se esfuerzan en mostrar sus muchas incongruencias e inexactitudes, sus extremismos, etc. Las escrituras son una mezcla de muchas cosas, unas esenciales, otras secundarias y aun otras prescindibles. Pues de esa semilla ha de desarrollarse toda una religión, todo un universo humano, toda una civilización, con su visión del mundo, su espiritualidad, su moral, sus rituales, su forma de vida, sus costumbres, incluso su arte. Pero lo que, a mis ojos, prueba su validez para quienes «tienen ojos para ver» (más allá de sus versículos o párrafos más dudosos, su ocasional extremismo o sectarismo) es que han producido una cadena sin rupturas de santos y sabios. Las escrituras de todas las religiones tienen valor porque los santos las verifican y vivifican. Ellos han alcanzado su condición siguiendo el mensaje esencial de las escrituras. Por supuesto, estas requieren de una interpretación y de una fijación de la jerarquía de sus enseñanzas, pero el corazón de las escrituras es lo que ha indicado el camino a los santos (y a incontables aspirantes en grados diversos).

El camino religioso y espiritual es difícil de recorrer hoy en día, pues la sociedad promociona valores opuestos a los que ese camino requiere. Frente a la felicidad, la sociedad de consumo promueve el placer; frente a la renuncia a los deseos, la satisfacción instantánea de deseos siempre renovados y acuciantes; frente a la compasión, el egoísmo y el foco en nuestro bienestar individual; frente a la concentración, la dispersión en miles de pequeños pensamientos divergentes; frente al silencio, el ruido y la cháchara continuos; frente a la quietud, la aceleración desaforada; frente a la paciencia, la impaciencia de considerar que tenemos derecho a todo; frente a la interiorización, la atención exclusiva al mundo exterior...

Sin embargo, se puede observar un claro renacer del interés en la espiritualidad en el mundo contemporáneo (y la publicación de este libro es una prueba de esto). Cansados de una forma de vida que no aporta paz ni satisfacción humana, cada vez más personas vuelven sus miradas hacia las tradiciones espirituales de la humanidad. Muchos todavía con timidez, sin atreverse a tirarse al agua, confundidos sobre el camino a seguir. Pero puedo asegurar que, si empezamos por donde

podamos el «camino» con sinceridad, energía, paciencia y constancia, puertas nuevas se abrirán y el camino se nos irá mostrando por sí mismo.